

PILAR

Capítulo 1 Pilar

Era de madrugada cuando Juan escuchó ruidos en la cuadra. Su ganado había sido robado hacía ya tiempo, por lo que se asustó en la cama del piso superior de su caserío, a las afueras de Murguía, en las estribaciones del Gorbea, en la provincia de Álava.

La provincia vasca se había levantado contra la república. El general Mola controlaba con mano de hierro las operaciones en el frente norte. Inicialmente había contado con las tres provincias vascas para el alzamiento, pero al final los nacionalistas habían decidido volverse atrás y mantenerse fieles a la república, aunque a su manera, ya que su ejército, compuesto de gudarís, actuaban por libre, al margen del gobierno de Madrid.

El monte Gorbea marcaba la frontera natural entre los dos bandos, y la vida en los pueblos de sus estribaciones era complicada, ya que eran visitados con frecuencia por soldados y milicianos, que buscaban víveres y comida con la que aprovisionarse, saqueando impunemente los caseríos.

Además, cualquier excusa era válida para que se organizara un paseíllo y enterrar a cualquiera en una anónima cuneta, y más aún en aquellos pueblos donde los caciques locales se habían aliado con los sublevados. Y es que, aunque en su pueblo apenas quedaba nada que saquear, últimamente se habían pasado varias brigadas de soldados sublevados, e incluso habían matado a uno de sus vecinos.

Se levantó en silencio, intentando no hacer ruido, y cogió su máuser, que lo mantenía cargado siempre al lado de la cama. Aun así, comprobó que tuviera balas, lo amartilló en silencio y se acercó a la puerta de la habitación.

Por cada paso que daba, la tarima del suelo crujía cediendo por su peso. Intentó moverse lo más despacio posible, y agudizó el oído, intentando escuchar en el silencio. Afuera soplaba el viento noroeste, desde lo más alto de la sierra.

Esos días había nevado en la peña y el frente se había estabilizado, ya que el mal tiempo impedía la guerra en las trincheras. Los republicanos se habían retirado a los valles del norte, y los fascistas dominaban la montaña, aunque apenas la podían transitar por la borrasca.

Escuchó susurros en la cuadra. Estaban allí. Se quedó quieto intentando adivinar qué era lo que ocurría, analizando la situación. Llegó a la conclusión de que se trataba de dos personas, un hombre y una mujer. No entendía lo que decían, pero supuso que se trataba de prófugos.

Muchos republicanos intentaban llegar a Bilbao cruzando la sierra. Sabían que desde el puerto partían regularmente buques hacia Inglaterra, Francia e incluso Rusia. Buscaban huir del horror que se habían instaurado en la zona tomada por los fascistas.

Bajó las escaleras despacio, apoyando suavemente sus pies en cada escalón, intentando hacer el mínimo ruido, para evitar que le descubrieran. No sabía si iban armados o eran hostiles. Quería echarlos de su caserío, ya que su presencia suponía un riesgo.

De repente uno de los intrusos, el hombre, entró en la vivienda. En la oscuridad apenas lo distinguía. Encendió un fósforo, buscando algo en la cocina. Encontró una vela y la prendió, volviendo con ella a la cuadra, intentando no hacer ruido.

Desde donde se encontraba, en la parte alta de la escalera, no había conseguido distinguir bien su cara, pero su figura le resultaba vagamente familiar. Continuó bajando por la escalera, hasta que pisó el frío suelo de la cocina. Respiró aliviado ya que el descenso por los ruidosos peldaños de madera le había mantenido en tensión.

Se apostó a un lado de la puerta. Intentaba pensar qué hacer, cómo actuar. Quizá estuvieran armados. La cuadra era muy grande y no sabía exactamente dónde se encontraban. En cambio, si cruzaba la puerta, él sí que sería un blanco fácil.

Acercó el oído a la puerta. Intentaba adivinar dónde estaban los intrusos. Tendría que entrar rápidamente y lanzarse al suelo, al lado contrario del lugar donde se encontraran, sólo así tendría una oportunidad.

Tendría que apuntarles y estar dispuesto a dispararles, por lo menos hasta que controlara la situación. Agarró el fusil con fuerza. La culata de madera estaba caliente, pero en cambio el cañón de hierro estaba helado.

Además, hacía frío. Tenía los dedos aletargados por la baja temperatura. Cogió aire, intentando dominar sus nervios. Hacía ya un par de meses que había dejado de luchar, que había abandonado aquella guerra que no consideraba suya, pero de repente volvía a sentir las mismas sensaciones de miedo, del cazador que va a abatir su presa, una presa que no iba a dudar en defenderse matando.

No escuchaba las voces al otro lado de la puerta. Tenía que entrar. Puso la mano en la manilla de la puerta y la empezó a empujar poco a poco. De repente una voz femenina se escuchó nítidamente.

- Tengo mucho frío.
- Voy a ver si encuentro una manta.

Las voces le sonaban familiares. Se apartó de la puerta, y esperó a que el hombre pasara a la cocina. Cuando entró, iluminado por la tenue luz de la vela que venía del interior, le apoyó el fusil en la nuca.

- Quieto. No te muevas. Levanta las manos despacio. Ve girándote hacia la puerta.

Siempre a su espalda se fue girando, hasta dejar al intruso en la puerta. Entonces le empujó dentro, y parapetándose tras su cuerpo, entró en la cuadra. Y la vio.

- ¡Pilar!

Capítulo 2 Fantasmas del pasado

El hombre se dio la vuelta. Le reconoció al instante. Era Miguel. Un hombre en el que había creído hacía ya mucho tiempo, antes de la guerra, y al que odió cuando se vio metido en medio del conflicto, atrapado por tres bandos irreconciliables.

- Hola, Juan. Hace mucho tiempo. ¿Qué tal estás?
- ¿Qué hacéis aquí?
- Te hemos estado buscando – Pilar se acercó a él.
- ¿Para qué? Ya me destrozasteis la vida una vez, ¿queréis acabar de rematarme?
- Juan, nosotros no tuvimos nada que ver con aquello. No nos culpes de lo que pasó. Nunca olvides quiénes fueron los asesinos de Muskilda. No debiste haber dejado de luchar. Te rendiste.
- Ésta no es mi guerra, ya no tengo nada por lo que luchar. Y has sido tú – se encaró con Miguel – y la gente como tú los que estáis desangrando el país.
- Yo sólo he señalado las desigualdades de esta sociedad y he animado a la gente a sublevarse contra ellas, a través de la legitimidad de la república.

Juan había conocido a Miguel en un mitin, casi tres años antes. Había acudido a Vitoria a escucharle. Era un conocido líder socialista. Le impresionó por el encendido discurso que hizo. La sala donde dio la charla estaba abarrotada. Miguel había ido atacando uno a uno los estamentos que reinaban en aquella pequeña capital de provincias.

Pero el discurso podía haberse aplicado a la provincia, a la región y al país entero. España en 1934 acumulaba un retraso social importante. Las desigualdades sociales estaban muy marcadas. Y la amalgama social se mantenía gracias a la ignorancia y al profundo catolicismo que subyugaba a gran parte de la población.

Sin embargo, la llegada de aquel socialista de brillante y encendida oratoria consiguió despertar muchas conciencias en Vitoria. Juan abrió los ojos a la realidad. Siempre se había mantenido al margen, viviendo en su pequeño caserío en las faldas del Gorbea, sólo desde que sus padres fallecieron, sin hermanos con los que repartir su patrimonio.

Se dio cuenta de que su vida era demasiado conservadora y que de esa manera no conseguiría progresar, ni hacer avanzar a la sociedad que le rodeaba, estancada en la tradición.

Tenía un poco de ganado que pastaba en las tierras altas cerca de la peña. En el valle disponía de terrenos en los que sembraba cereal. Y en el caserío criaba cerdos, y gracias a un pequeño rebaño de ovejas, vendía también lana y hacía queso.

Mantenía un tradicional noviazgo con una chica procedente del norte de Navarra, que trabajaba sirviendo en una casa de un tío suyo, hacendado local. Era una joven tradicional, llamada Muskilda. Era oriunda de Ochagavía, cerca de la frontera con Francia.

Pero el mensaje que captó de Miguel le cambió la vida. No es que tuviera una gran fortuna, pero era un pequeño terrateniente en su pueblo. Poseía tierras, ganado y un caserío. Contrataba a peones de la zona para ayudarlo en las tareas. Nunca se había considerado un explotador, pero se dio cuenta de que las cosas debían cambiar.

- Os seguí a Asturias, y sufrí la represión de la república.
- Aquello era una revolución, y fue el general Franco el que, por su cuenta y riesgo, pero con el apoyo tácito del gobierno fascista, quien masacró al pueblo.
- A mí no me tienes que hablar así, ya sé realmente lo que pasó. ¿Qué hacéis aquí?

Pilar se adelantó. Cortó la discusión de raíz. Sabía que Juan odiaba a Miguel, ya que le consideraba culpable de lo que le pasó a su mujer.

- Juan, cariño, necesitamos tu ayuda. Queremos pasar al otro lado, y tú nos puedes cruzar por la montaña.
- Yo ya no participo en esta guerra. Los socialistas me consideran un traidor, lo mismo que los nacionalistas. Aquí he conseguido paz, una paz vigilada por los sublevados. Si paso al otro lado y me cazan los nacionalistas, me fusilarán. Si los fascistas se dan cuenta que he vuelto a tomar partido, me fusilarán. No me merece la pena.
- Dependemos de ti. Sólo tú puedes ayudarnos, Juan. Por favor, por lo que vivimos juntos, crúzanos al lado republicano. Necesitamos llegar a Bilbao. Nadie se dará cuenta de tu ausencia.

Juan dejó su arma apoyada en la pared. Entró en la casa, invitándoles a pasar. Fue a la cocina de leña que tenía y metió dos troncos en ella, junto con unas astillas y con un fósforo encendió fuego.

En pocos minutos el calor que desprendía caldeó la estancia. De la despensa sacó un queso y partió porciones que puso en un plato. Cogió un pedazo de pan y lo sirvió. Miguel y Pilar comieron ávidamente. Parecía como si llevaran varios días sin probar bocado.

Abrió una botella de vino y vertió tres vasos generosos. Les serviría para entrar en calor. Sacó un poco de tabaco de una bolsa y se lio un cigarrillo. Lo encendió y le dio dos caladas profundas, antes de pasárselo a Pilar. Aquel gesto lo había repetido muchas veces en el pasado.

- ¿Nos cruzarás al otro lado?
- Aquí no podéis estar, me comprometéis.
- Vamos a cruzar contigo o sin ti, Juan.

Aquello le preocupaba. Sin conocer los caminos, era más que posible que les cogieran. Y si lo hacían, era muy probable que le delataran. Y si pasaba eso, estaba perdido. Tenía demasiados enemigos dispuestos a enterrarle tras la tapia del cementerio. No tenía muchas opciones. O les delataba, o sería mejor que les cruzara la sierra.

De esa manera, conociendo como conocía a la perfección la montaña, tenía más posibilidades de éxito. Pero no sería un viaje sencillo. Los puertos estaban cubiertos de nieve, y avanzando con cuidado, necesitarían al menos dos días para alcanzar zona republicana segura, en la retaguardia, alejados del frente.

Tenía otra opción. Deshacerse de ellos. La verdad, no sentiría ningún remordimiento por disparar a Miguel y abandonar su cuerpo en la carretera a Vitoria. Pero no podía hacerlo con Pilar. La había querido, y aunque después de la muerte de Muskilda había huido de ella, no podía hacerla daño.

Ella le miraba con sus preciosos ojos negros. Era muy hermosa. A pesar de lo desaliñada que estaba. Llevaba un pantalón ancho, de hombre, con botas de miliciano. Esa ropa ocultaba su figura. Había adelgazado desde la última vez que la vio, seguramente por los rigores de la guerra.

Se había abierto un poco el grueso abrigo que llevaba y los últimos botones de la camisa los tenía algo sueltos, mostrando un generoso escote. Sus pechos seguían siendo preciosos, tersos, grandes.

Recordó los tiempos en los que, a espaldas de Miguel y de Muskilda, habían vivido un tórrido y apasionado romance. Pero apartó esos pensamientos de su cabeza. Tenía que tomar una decisión.

Capítulo 3 Los preparativos

A la mañana siguiente encendió el fuego bajo y salió del caserío antes de que Pilar y Miguel se despertaran. Se acercó al centro del pueblo, a la tienda. Quería comprar comida y cartuchos para la escopeta. Los necesitaba para el viaje.

Antes de marchar cogió parte del dinero que tenía escondido debajo de una baldosa suelta en su cuarto. Quería saldar la cuenta con la tienda. También se llevó un amplio zurrón, para poder llevar a casa lo que comprara.

Cuando llegó, el comercio aún no había abierto, por lo que entró en la posada para hacer tiempo. Se tomó un vaso de vino y un poco de pan con queso mientras esperaba. En la posada había dos viajeros que desayunaban mientras charlaban animosamente. Iban a Vitoria a hacer negocios. Al parecer se dedicaban a la venta de armas, tanto a republicanos como a sublevados.

Apuró el vaso y se asomó a la calle. Matías, el tendero, estaba abriendo. Se acercó al negocio. El cielo estaba gris, chispeaba. El ambiente anunciaba nieve en ese frío invierno. Le ayudó a abrir el local. Hacía muchos años que se conocían y mantenían una fuerte amistad.

- Bueno, ¿qué quieres, Juan?
- Voy a subir a la sierra a cazar, quiero coger algún jabalí. Necesito cartuchos para la escopeta. También quiero queso, jamón, chorizo, pan. Dame también un tarro de miel.
- ¿Vas a pasar días en el monte?
- Pues imagina, quiero llegar hasta arriba del barranco de Herrerías, y luego tendré que bajar lo que cace, y sin que nadie me vea.
- ¿Dónde dormirás?
- Quizá en la zona de Arcaray. Hay alguna chabola que aún tiene tejado. Haré noche ahí. Ponme también alcohol y vendas, por si acaso tengo algún percance.

Cogió cerca de 40 cartuchos de postas. Los metió en el fondo del zurrón junto con las vendas y el alcohol. Puso encima la comida y arriba del todo el pan. Lo cubrió con una servilleta, y pagó la cuenta. Aún le sobró dinero.

Volvió a casa a acabar de preparar el viaje. Cuando llegó sus huéspedes aún dormían. Fue a la cuadra a recuperar su fusil. Lo subió a su cuarto. Cogió una pistola que tenía escondida y una escopeta de caza y bajó a la cocina.

Desmontó cuidadosamente la pistola y la engrasó. La montó y comprobó su correcto funcionamiento. Cuando acabó con ella, empezó con la escopeta. La tenía desmontada sobre la mesa cuando apareció Miguel.

- Buenos días, Juan. Quiero agradecerte lo que vas a hacer por nosotros.
- No te equivoques, Miguel. Si fuera por ti, no dudaría en enterrarte en una puta cuneta. Lo hago por Pilar.
- No me odies. Yo no tengo la culpa de esta guerra.

- Mira. Te voy a contar una verdad incontestable, una realidad que tú, con todo lo inteligente que eres, no has sabido ver. La inmensa mayoría de la población de este país vivía feliz, tranquila. Una serie de minorías, una parte muy pequeña de sus habitantes, han iniciado una guerra entre ellos, y han involucrado al resto.
- La gente ha tomado partido porque sabe qué es lo que pasa.
- No, no lo sabe. Si te ha tocado el lado republicano, irás a pegar tiros por la república. Si te ha tocado el otro, matarás por la sublevación. La gente muere por unas ideas que no es capaz de comprender.
- No te equivoques. Esa gente que era tan feliz vivía bajo la bota de los poderosos, era explotada por una jerarquía compuesta por los curas y los grandes terratenientes.
- No se les dio a elegir. Se les ha mandado a matarse entre ellos. Es el pueblo llano el que se está matando. No veo a terratenientes ni curas pegando tiros. Ni a sindicalistas ni políticos como tú.

Juan calló de repente. Pilar acababa de entrar por la puerta. Siguió limpiando los cañones de la escopeta en silencio, mientras ella se servía un poco de queso con pan.

- Tienes en esa cántara leche. La cocina está encendida. Hiévela. Hay azúcar en el armario.

Pilar puso leche a calentar. Cogió dos vasos y se sentó a esperar a que hirviera. Se le quedó mirando, sonriendo.

- ¿Nos llevarás?
- Saldremos mañana antes del amanecer. Llevo comida para tres días. Tú, Miguel, llevarás la escopeta. Pilar, te voy a dar una pistola. Es posible que nos encontremos con alguna patrulla en el monte.
- ¿Qué harás si nos descubren?
- Qué haremos, Miguel. Nos tendremos que defender. No podemos preguntar, habrá que matarlos para tener una oportunidad.

A Pilar se le borró la sonrisa de la cara. Volvía a la guerra.

- No quiero que salgáis de casa. Ni siquiera que os acerquéis a las ventanas. No necesito sorpresas. Una tontería y es posible que nuestro viaje finalice antes de empezar.
- De acuerdo.
- Una cosa más. Yo dirijo. Yo decido cuándo paramos y cuándo seguimos, y no quiero ninguna queja. Yo estoy al mando y no admito indisciplina.
- Lo que tú digas.

Sin embargo, Miguel no parecía muy convencido. No era muy dado a la obediencia.

- Miguel. Estas son mis reglas. Si quieres llegar a Bilbao, me tendrás que hacer caso. Bastante me juego cómo para discutir mis decisiones.

Acabó de montar la escopeta y la cargó. Aún eran las 11 de la mañana. Se presentaba un día muy largo.

Capítulo 4 Un largo día

Juan salió a la calle. Cogió el hacha y se dedicó buena parte de la mañana a cortar y preparar leña. Pensaba que era una tarea inútil, ya que era más que probable que no volviera. Pero tampoco quería estar dentro de la casa, no quería tener que hablar con Pilar más de lo necesario. Quizá si lo hacía podría cambiar de opinión y entregarlos o hacerlos desaparecer.

Cuando acabó de cortar la leña, la apiló al lado de la pared, bajo la tejavana. No quería que se mojara. El cielo estaba gris. Había parado de llover, pero la sierra estaba oculta por las nieblas, agarradas a las cimas. Era ya medio día, había que preparar la comida. Se lio un cigarrillo y se lo encendió.

Mientras lo fumaba pensaba en el camino que tomaría. Intentaría huir del valle. Cruzaría el río a la salida del pueblo. Bajaba bastante crecido, por lo que lo haría por el Puente Blanco de Sarriá. Por ahí alcanzaría el calero y treparía a las laderas de los Borbonas.

Esa loma era algo más baja que el resto de la sierra y no encontraría nieve. De esa manera podría llegar hasta las laderas de Odoriaga, y bordeándolo, alcanzar Austigarmín. Si todo iba bien, estarían en ese valle al atardecer. Podrían pasar la noche en alguna chabola de las muchas que había allí.

Al día siguiente descenderían por el valle hasta Orozco. Allí les dejaría a salvo. Estaba obligado a hacer noche. Tendría que buscar dónde. La vuelta no sabía si hacerla por el mismo camino o si por contra remontar por Barambio hasta Altuve, siguiendo la carretera. Posiblemente estuviera vigilada, pero viajando sólo podría zafarse de los controles fácilmente.

La subida hasta Austigarmín iba a ser dura, pero no toparán con nieve hasta muy arriba. No creía que hubiera nieve en Austigarmín, pero en las laderas de Odoriaga seguro que sí.

Tanto Pilar como Miguel llevaban botas militares, por lo que no deberían tener problemas para hacer la travesía. No creía que se pudieran topar con tropas, ni sublevadas ni republicanas. Sabía que había militares por la zona, pero ocuparían seguramente el valle del Bayas, pasando el temporal en alguna de los refugios que lo jalonaban.

Una vez dejados atrás los Borbonas, en las laderas de Odoriaga, no pensaba que se pudieran topar con nadie. Además, aunque eran terrenos despejados, lo más seguro es que estuvieran ocultos por la niebla.

También le preocupaba la huella que pudieran dejar en la nieve, un rastro fácil de seguir. Pero la abandonarían rápidamente. Esperaba que en Austigarmín no hubiera nieve. En caso contrario, correrían el riesgo de que las huellas en la nieve delataran dónde estaban pasando la noche.

Apagó el cigarro y entró en la casa. Pilar había cogido un puchero, lo había llenado de agua y estaba cocinando unas lentejas con chorizo. Tenían que alimentarse, les esperaba un duro trayecto.

Comieron en silencio. Juan evitaba mirar a Pilar, centrándose únicamente en su plato. El día estaba oscuro y apenas entraba luz por la ventana, pero Juan no quería encender ninguna lámpara dentro. No quería arriesgarse a que alguien pudiera ver que no estaba sólo.

Al acabar de comer, Pilar fregó los platos y recogió la cocina. Se quedaron sentados los tres en la mesa, mirándose. Había un silencio crispante, sólo roto por el crepitar de la leña en el fuego bajo. Al final Pilar inició la conversación.

- ¿Has estado aquí desde que te fuiste de Asturias?
- No, antes pasé por la cárcel de Vitoria. No creas que aquí me recibieron con los brazos abiertos.
- ¿Por qué te soltaron?
- Porque ya no cabíamos, y alguien consideró que ya había sufrido suficiente castigo con la muerte de... - Juan hizo una pausa – con el asesinato de Muskilda.
- Lo siento, de verdad, sentí mucho lo que te pasó.
- Cuando me fui no parecía que lo entenderais, así que no me vengas con tonterías. Vosotros no sentisteis la muerte de Muskilda, vosotros me condenasteis cuando decidí dejar de luchar, me tildasteis de traidor, y si me hubierais pillado, me habríais matado.

Pilar y Miguel se miraron y agacharon la cabeza. Era cierto que marcharse como lo hizo, dejando atrás a su pelotón, a su gente, se consideraba desertión, una traición que se castigaba con la muerte.

- Es más, si los vuestros me capturan, me fusilarán. ¿Dónde está mi guerra? Los nacionalistas me quieren cazar por haberme ido a Asturias, la república me considera un traidor y los fascistas simplemente están contando los días que faltan hasta que decidan eliminarme. No creáis que me han perdonado, no. Simplemente están esperando. Saben dónde encontrarme, y en el momento que consideren, me matarán.
- Ven con nosotros. Hablaremos bien de ti, contaremos lo que has hecho, y se te perdonará.
- ¿Para qué? ¿Para volver al punto de partida?

Juan había sufrido mucho en aquella guerra, una contienda que no había hecho más que empezar. Apenas habían pasado unos meses desde que se había iniciado la sublevación y parecía que la guerra iba para largo.

En ese tiempo Juan había vivido la guerra de forma terrible, y cuando se dio cuenta de que todos eran sus enemigos, se rindió. No a los sublevados, como los republicanos pensaban, sino a la guerra. Se entregó a su destino. Volvió a su casa.

El resto de la tarde discurrió entre silencios y conversaciones banales. Al atardecer se acostaron. Había que madrugar. Sin embargo, a Juan le iba a costar dormir. En el silencio de su cama, los fantasmas del pasado le acechaban.